¡Una nueva crisis todavía! el campesino escitado con el doble ejemplo de las fortunas despojadas y de las fortunas espoliadoras, se ceba en la grande y en la mediana propiedad, y escitado por la resistencia ó embriagado con la victoria, incendia quintas y casas.

Nada basta á contener, ni los hábitos há largo tiempo quebrantados, ni las leyes actualmente despreciadas, ni las costumbres finalmente corrompidas (1).

Puesta aparte, y descartadas la nobleza y la Iglesia, no quedan al gobierno mas cabezas para concebir ni mas brazos para ejecutar nada, sino los de la clase llamada media. ¡Téngase mucho cuidado con esto! La revolucion fue hecha por la clase media contra la clase eminente... Entre la clase por quien en adelante seria hecha y la clase contra quien se haria la revolucion, no hay ya clase intermedia apta para amortiguar el choque entre aquellas. Encontraríanse pues frente á frente los dos bandos, el uno, de escaso número, de corazon tímido y helado de espanto, y el otro de masas enormes, hirviendo en cólera, ébrio de confianza. Combate á todo trance, subversion de las cosas, destruccion de los seres, conflagracion del suelo; asi aconteceria esto (2).

No sabemos qué subrayar en estas citas, tan en medio del pecho y del semblante nos dan las ideas que contienen. Sin embargo, recomiendo mas particularmente las que van á seguir. Márcase en ellas la hora actual, á cuarenta y dos años de distancia. Y siéntese verdaderamente pasar aquí un soplo profético á través de los juicios del publicista.

Tales y cuales gentes han olvidado que no estaban solas en la tierra, ni solas de su especie, ni solas de igual título (3). Pecan desde la primera generacion y son heridas hasta en la última. Y esto es lo justo, no segun las reglas estrechas de aquí bajo, sino segun las anchas miras de arriba, es justo... segun la justicia de Dios (4).

(1) *La crisis social*, p. 31, (1833).
(2) *La Razon de los tiempos*, p. 76, (1836).
(3) Al emplear esta espresion *á título igual*, M. de la Gervaisais, colocado bajo el punto de vista cristiano, no ha querido evidentemente hablar sino de la igualdad de esencia y de naturaleza. (Observacion del editor M. Damas-Hinard).
(4) *El Estado de guerra en la sociedad*, p. 15, (1833).



Esto no era mas que la rebelion de las clases oprimidas en los tiempos de barbarie; faltaba á las masas sublevadas el espíritu vivificador; las armas eran suficientes para reprimir la accion, cuanto son impotentes en el dia para rechazar la *idea*. En la actualidad habria mas inteligencia y acuerdo respecto del movimiento, mas tendencia á la coalicion, de manera que se propagara y prolongase la crisis. Actualmente, la insurreccion subalterna, tanto mas indomable, *se apoderaria de las insignias de la justicia, se revestiria con las insignias del derecho* (la commune de Paris) conforme á las instrucciones de la insurreccion superior. La fuerza física, la fuerza moral, coaligadas de esta suerte, se sobrepondrian á toda clase de resistencias (1).

En nuestro siglo, no hay ya naciones en el sentido que las naciones del siglo último, cuyos límites y cuya concentracion determinaban los postes de aduanas; entre los seres diseminados en el suelo de determinadas zonas geográficas, se han formado secciones hostiles á quienes aisla la repulsion en medio de la sociedad misma, á quien reune la atraccion mas allá de los confines con sus sectas análogas (la Internacional (2).

No se hallan tan lejanos como se piensa los dias en que ha de ser invadido el teatro de nuestras disensiones civiles *por facciones aun desconocidas* (3). Paris, tan inconsiderado, no se salvará de la ruina. *El invierno y el hambre, los periódicos y las tabernas* la GUERRA SOBRE TODO se encargaran de poner fuego á los polvorines (la Commune).

Ahora les toca á las campiñas (4).

Paris hace uso de sus derechos políticos como de una arma que tiene dos fines, el de derribar de un solo golpe el Gobierno y el de destruir de otro golpe la Francia misma... Paris forma masa; la Francia está diseminada en fragmentos, en átomos (5). Si la adulacion mata á los príncipes no es casi menos perjudicial á las capitales y á los pueblos... Yo amo y estimo bastante al pueblo de Paris, al de Francia, y á todos los hombres contemporáneos mios, para decirles: Os hallais en peligro de desgarraros mútuamente, de veros reducidos á devoraros, como fieras hambrientas y rabiosas (6).

La Europa siente un hervor en sus entrañas: allí no lo revela sino

(1) *La leccion de justicia*, p. 22, (1831).
(2) *La Península en tutela*, p. 49, (1828).
(3) *Los periódicos*, p. 24. (1827).
(4) *La ley de las circunstancias*, p. 13, (1830).
(5) *Ibid*, p. 41, (1830).
(6) *Consideraciones sobre los destinos humanos*, p. 208, (1830).

por torbellinos de humo; aquí dejando penetrar algunos resplandores de llamas; en otras partes, vomitando un torrente de lava abrasadora (1).

*Aprovéchase la falta; pero no se aprovecha la leccion. El hombre ha dado su dimision.* Háse dado plena licencia al curso vagabundo de las cosas. *La Francia queria lo que tenia, quiere lo que tiene, querrá lo que tendrá.* Las hordas salvajes abatiran á las naciones decrépitas. En adelante morirán de muerte natural en las angustias de la agonía; el estado de corrupccion moral, conducirá al de disolucion social... La sociedad, habiendo llegado al punto estremo de debilidad, va á destruirse, á estrellarse, á disolverse al través de una espantosa catástrofe, en una crisis de brutalismo (2).

Escúchese ahora este himno fúnebre sobre nuestra desdichada sociedad.

Está echada la suerte, suerte merecida.

¡Viene el abismo! mas pronto que tarde. Hasta aquí se ensanchan las vias de perdicion, las causas de reaccion se agravan, de suerte que hacen mas y mas horrorosa la crisis. Aquí solamente, se ofrece un punto de parada, faltando en él la pendiente, y se ofrece un punto de apoyo, volviendo á encontrarse en él el fondo.

¡Viene el abismo! Antes, de peor en peor; despues, tal vez será de mejor en mejor. Habiendo llegado el mal á la impotencia, vuelve la potencia al bien.

En vano se pone á la vista la catástrofe final; nadie tiene corazon para negarla; nadie tiene el sentido de oir y de obrar. Gobernantes y gobernados, acordes sobre este punto, caminan al ázar, viven en el aire dudando del dia que nos alumbra, y no contando con el dia que sigue.

Piérdese el poder y nos pierde; déjesele que se pierda; y trátese de salvarlo. ¡Pero no! La gente, sin idea propia se deja conducir y camina con paso torpe hácia el matadero; ¡la noble raza de 1793 caminaba con la frente serena al cadalso!

¡Venga, pues, el abismo! puesto que cada cual lo quiere, y que camina hácia él cada uno. ¡Venga pronto el abismo! puesto que la leccion suprema solo provendrá de la leccion estrema.

(1) *La República*, p. 6, (1833).
(2) *Passim.*



Y no obstante, yaciendo en los bordes de la sima ó sobrenadando entre la bullidora espuma, páginas esparcidas dirán, que en los muros de la Sodoma de vanidad y de codicia, de inepcia y de apatía, existia un hombre de elevado corazon y de cabeza fuerte.

¡Venga el abismo!... Por todas partes terror, horror, remordimientos, aterran y destruyen. Aquí solamente es esperado y acogido el golpe (1).

Hemos creido justo corresponder á esta última prediccion, *recogiendo en los bordes de la sima esas páginas esparcidas*, y rindiendo á la memoria de su autor, tan completamente desconocido y olvidado, este testimonio de los acontecimientos, á saber: que habia en ellos verdaderamente un hombre *de corazon elevado y de cabeza fuerte*, por quien tan solo *era esperado y acogido*, más de cuarenta años hace, el golpe que hoy nos abate, sin que todavía lo comprendamos.

Ese golpe no es, pues, accidental, ni aun providencial en el sentido de que haya provenido de los consejos de Dios, que dispone en sus misteriosos designios de la suerte de las sociedades y de los imperios. No es tampoco únicamente efecto de causas próximas ó inmediatas lo que lo ha ocasionado, cualquiera que sea la parte que hayan tenido en su precipitacion y su agravacion. Data de mas lejos; era lógico, fatal, segun el curso antiguo de las cosas; debia provenir de ellas un poco mas pronto ó un poco mas tarde; habia sido lanzado hasta el punto de poder calcularse y describirse muy anticipadamente, con una precision ó exactitud tanto mas demostrativa, cuanto que en nada participa del don de profecía

(1) *La prevaricacion*, pág. 13, (1835).

No es éste el único testigo de tan gran verdad. Hubiera podido invocar otros de estos *videntes*: Donoso Cortés, de Maistre, de Bonald; de Bonald, que ya en 1806 escribia: «Quizá en la presente situacion no podemos ya aspirar sino al funesto honor de suministrar á un poeta, dentro de algunos siglos, el asunto de una epopeya en que cante á la sociedad amenazada de recaer en la barbarie, luchando, por medio de esfuerzos sobrenaturales, contra esa espantosa revolucion, como ha cantado Milton el combate de los ángeles buenos y de los malos (1).»

Pero todos estos señores eran teóricos, cuyos sistemas, mas ó menos discutibles, podian hacer desconfiar de la gran verdad que sostenian sus escritos, y que además, tenian la desgracia de venir demasiado tarde y con sobrado brillo para una sociedad infatuada todavía con el error cuya copa no habia acabado de agotar.

Nada de esto sucede respecto de M. de la Gervaisais; pues es un publicista oscuro y sin prestigio, un sereno, por decirlo así, que ve mas claramente y á mayor distancia, porque se limita á ver, y cuya voz no llega hasta nosotros sino al dispertar, con toda la autoridad del peligro que le presta un tardío pero fatal testimonio.

No es esto decir que M. de la Gervaisais se limite á designarnos nuestras catástrofes sociales, sin consignar sn principio: pues nos lo señala tambien, pero á su manera, sin ostentacion de doctrina y con una sola palabra que vale muchas páginas.

(1) *Legislacion primitiva*, Discurso preliminar.



«En el órden moral, en el órden político, comienza por decir, solo hay un principio incontestable, á un tiempo mismo esencial y fundamental, permanente y universal; no hay mas que el dogma del *valor del hombre* del cual deriva todo derecho y al que se refiere todo deber. Quien lo viola es ó se hace bárbaro, defrauda á la naturaleza y falsea la sociedad (1).»

¡Cuán cierto es esto, y cuánta luz arroja sobre una revolucion, que decretando *los derechos del hombre*, le ha hecho perder mas y mas su *valor!* ¿Dónde se halla el valor del hombre en el dia, de abajo arriba ó de arriba abajo? ¿Qué hemos llegado á ser en la estimacion unos de otros y en nuestra propia estimacion? ¿Qué precio fijamos á la dignidad, al honor, al carácter, á la seguridad, á la vida del hombre, y cuán horrible desprecio no hacemos de todo esto?

«¡El valor del hombre! repone M. de la Gervaisais; ¿qué decir sobre este punto, en tales tiempos y á tales gentes? Han rechazado el cielo con una injuriosa palabra (2), y la tierra se retira ante ellos. Han roto con Dios, y los repudia el hombre. Por ellos ha sido puesta la nada allá arriba, y de esto ha provenido el caos aquí abajo. *Son los primeros y los únicos tambien*, á quienes ha parecido que se podia pasar sin religion, y que la vida futura, propicia para los buenos, fatal para los malos, no servia de nada... Y al presente, ¡qué hacer

(1) *De los derechos del hombre en el verdadero sentido*, página 17 (1832).

(2) M. de la Gervaisais alude á la escuela liberal y volteriana, y si no me engaño, á la célebre frase: «*La ley debe ser atea.*»—(Nota del editor M. Damas-Hinard).

del ser desdichado, si no hay auxilio en la tierra, ni recurso en el cielo!»

¡Qué pensamientos no se despiertan á estas prudentes palabras y no se agolpan en apoyo suyo! El valor del hombre se funda en su orígen y en su fin. Así, pues, *reconocer á Dios*, dice un pagano, *es*, respecto del hombre, *reconocer y recordar de dónde ha venido; porque por la sociedad de razon que existe entre Dios y el hombre, puede designársenos como la raza ó descendencia de Dios* (1). Conforme á esta noble imágen hemos sido hechos.—¡Y cuánto no ha venido á agregará esta grande idea el cristianismo! Porque para volver á hacernos á esta imágen de Dios, cuando la deshonró la primer degradacion, vino Dios mismo á hacerse á imágen del hombre por medio de sus dolores y de sus deberes, realzándole en Sí como en su ejemplar: Hé aquí al HOMBRE, y tal es su precio. De esta suerte hemos sido doblemente consagrados, como Hombres y como Cristianos. El título de nuestro recíproco respeto y de nuestra fraternal union, es Dios hecho hombre y el hombre hecho Dios; y esto ¡cosa admirable! en razon de lo que natural y socialmente nos induciria á despreciarnos, á causa de la pobreza y de la humildad con que nuestro divino Reparador tomó más particularmente nuestra condicion, fundando de esta suerte en nuestras costumbres esa *eminente dignidad de los pobres*, que en presencia de todo el fausto de la córte de Luis XIV, realzaba tan dignamente Bossuet.

Hé aquí lo que constituia el valor del hombre, más

(1) Ciceron, *de legibus*.



grande en las sociedades modernas que en las sociedades antiguas; lo que habia formado estas sociedades modernas mas y mas *civilizadas*, es decir, donde reinaban la *urbanidad y cortesía*, los miramientos, el respeto, los oficios y los servicios, como se decia entonces, de los unos para con los otros, y sobre todo, de los grandes para con los pequeños. Las sociedades paganas no estaban *civilizadas*, eran *cultas* (*policées*), lo cual no es lo mismo, porque se puede ser *culto* por medio de las artes, pero no se puede ser *civilizado* sino por medio de las leyes y de las costumbres, y la peor de todas las barbaries es aquella en que cae un pueblo que ha llegado á ser mas *culto* á medida que ha cesado de ser *civilizado*, porque en semejante pueblo, todas las artes y todas las industrias propenden á activar la descomposicion y á refinar la degradacion.

Tal es el estado hácia el que nos precipitamos, haciéndonos inferiores á la humanidad, desgarrando con una especie de frenesí contra nosotros mismos, los títulos de nuestra dignidad, para fundar nuestro orgullo en el objeto de nuestra abyeccion; haciéndonos, prudentemente, de la raza de cuadrumanos para no tener nada que ver con la raza de Dios, y presentando al mundo, bajo el aspecto moral, el espectáculo de aquel rey de Babilonia que, por no haber querido deber tampoco su grandeza mas que á sí mismo, vió cubrirse de pelos sus miembros, dilatarse á la manera de la bestia sus manos que llevaban el cetro, y fue arrojado de la compañía de los hombres, hasta que habiendo elevado los ojos al cielo, le fueron devueltos el sentido y la razon.

No he podido prescindir de estas reflexiones, que provienen de todas las fases de nuestra situacion, porque constituyen el fondo de esta verdad, y porque la profesion de esta verdad es nuestro único remedio. Sí, *nosotros hemos rechazado el cielo, y la tierra se retira ante nosotros. La nada ha sido puesta allá arriba y el caos debia seguirse aquí abajo.* Todo consiste en esto. Creamos en aquel que debió á la luz de la verdad esta penetracion ó perspicacia tan anticipada de nuestras catástrofes, y creamos en estas mismas catástrofes.

Para este efecto, así como él las veia tan claramente en el porvenir, lo menos que podemos hacer es, ya que nos hallamos en este porvenir, hacernos cargo de ellas en lo presente y en el dia de mañana que nos preparan.

## II.

### CARACTÉRES DEL MAL PRESENTE.

No es ya posible la ilusion. Hemos creido por largo tiempo hallarnos en vias de progreso, habiéndose representado el siglo á sí mismo la parodia de la civilizacion. Háse aturdido con esas ideas de civilizacion y de progreso, como con una especie de apuesta contra la verdad de las cosas. Pero esta verdad, acumulándose con toda la violencia que se le hacía, ha estallado al fin irónicamente con el estrépito de un trueno, y nos encontramos á fuerza de progreso y de civilizacion en plena barbarie.

Lo que constituye la gravedad de este estado, es que no es efecto de los últimos acontecimientos. La sociedad francesa está henchida de nuestras desgracias, no siendo la mayor de todas el Imperio, ni la invasion, ni la Commune, ni el conjunto de todos estos males, sino el mal social que las ha producido y que sobrevive á ellas, acrecentado con todo lo que hubiera debido realzarnos. Este mal pesa sobre nosotros con todo el peso de un siglo, y al mirar hácia atrás, se sigue claramente la marcha de su agravacion.



Hemos llegado á él de revolucion en revolucion; pero como cada una de dichas desgracias, al devorar el régimen existente, concibió otro nuevo mas ó menos á imágen suya, este nuevo régimen producia como un reflejo de órden y de estabilidad que trasformaba á nuestros ojos la caida en progreso, y nos ocultaba, con una máscara, la decadencia contínua de que él era tan solo una estacion y una etapa.

Estas revoluciones y estas clases de régimen sucesivos, hallándose todos afectados del mal de donde provenian y que continuaba sus estragos en ellos y por ellos, solo nos salvaban diaria y vitaliciamente, por decirlo así. Hasta concurrian por medio de una duple y recíproca accion á nuestra ruina: la Francia desgastando sus gobiernos, y éstos desgastando la Francia, hasta que no ha habido, al parecer, ni Francia ni gobierno.

En las revoluciones precedentes, si bien se destruia, quedaba aun cierto régimen del mismo órden para poner por algun tiempo en lugar de lo que se destruia; Y si bien se descendia, habia aun un escalon en qué poder sentarse, y quedaba con qué aparentar un pueblo y un gobierno. En el dia ya no hay nada de esto, pues hemos llegado al fondo, al vacío: y como la Revolucion